

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

Á 2 REALES FRTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

POSSAN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO.

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

EL POETA.

(Finaliza.)



LATON desterraba de su república á los poetas. El, que era uno de los mas grandes, aunque no escribiese poemas; él, cuya filosofía era un resumen de la poesía del mundo entonces conocido; él, que ha creado y dado su nombre á la mas noble y sublime concepción de las cosas humanas y divinas, el idealismo. ¡Fatal error! ¡Ay de los pueblos que no tengan vates que los eleven á superiores esferas! ¡Ay si no tienen Tirteos y Quintanas, que los animen al combate; Homeros que canten sus hazañas; Pindaros que transmitan á los siglos las glorias de sus héroes; Virgilio que los enseñen el arte de labrar los campos; cantores, en fin, que los dirijan, los enseñen, los conmuevan, los entusiasmen y pongan en jue-

go la energía de sus ocultas pasiones, que sin ellos dormirían perezosas y morirían en el fondo de los corazones!

Las creaciones del poeta tienen á nuestros ojos la misma realidad que la realidad misma. Alejandro fué un conquistador, ¿y qué es? un nombre consignado en la historia; Aquiles no existió, ¿y qué es? un nombre consignado en un poema. El que fué y el que no fué son hoy lo mismo: *un nombre*. Y sin embargo, uno vivió en el mundo, estremeció la tierra bajo su planta, y el otro solo vivió en la mente de un poeta, y solo se agitó en los eternos versos de un inspirado ciego. ¡Qué igual! Mas realidad tienen los héroes del poeta, porque, en general, la historia nos pinta los hechos que conoce de sus personajes, mientras que los seres que crea el poeta aparecen vivos, revelando hasta lo mas íntimo de su alma. ¡Quién al caminar por la Mancha no se para á contemplar los sitios en que ocurrieron sus aventuras al héroe creado por Cervantes? Y si nos dijeran que D. Quijote es solo una ficción, en el primer momento casi diríamos, «es mentira»: tan viva está en nuestra mente su personalidad.

Los lienzos de Rafael, las estatuas de Miguel *piu che mortal angel divino*, nunca perecerán porque son poemas escritos con el pincel y con el buril y porque sus autores eran poetas que se inspiraron en la Biblia, ese drama divino, ese himno prolongado y sublime, escrito por tantas manos, dictado por un solo pensamiento. ¿Y cómo no habia de ser poeta el que hizo brotar de su mente vírgenes celestiales y el que creó sublimes colosos de piedra y levantó desde la tierra hasta los cielos la altiva cúpula de S. Pedro, que parece la cabeza inmensa de la Religión dominando todas las alturas, para ver todos los sitios de la tierra donde se adora al Hombre-Dios, donde se sigue su doctrina?

Boileau ha dicho: *rien n'est beau que le vrai*: antes Plutarco habia dicho: *no hay poesía donde no hay mentira*. El poeta dijo una verdad, pues la verdad es la fuente de toda poesía; el gran historiador tambien dijo una verdad, porque esa misma verdad sería fria sin esa hermosa mentira de la inspiración. ¡Quién sabe si eso que en el poeta se llama mentir es adivinar!

¿Qué gloria hay mas pura que la del poeta?

El guerrero para ilustrar su solo nombre, derrama la sangre de millares de sus hermanos; su gloria está basada sobre ruinas, destrucción, miseria, cadáveres, sangre y lágrimas. Muere y queda su nombre, pero sus obras suelen acabar cuando él acaba: la humanidad sintió su peso, padeció por su causa.

El hombre de estado salva á un pueblo con una medida; pero suele perderle con un error. El filósofo suele extraviar con sus doctrinas una ó mas generaciones. El legislador gobierna á una nación con sus leyes; la patria siente su freno; sus leyes perecen con aquel pueblo ó con aquel siglo. La gloria del poeta es pura, porque á nadie ofende; grande, porque á todos engrandece; sublime porque á todos enaltece; risueña, porque á todos consuela, eterna porque á todos se dirige; por eso las generaciones se transmiten sus obras como una preciosa herencia, como un tesoro, y las leen y las comentan y las veneran y aprenden sus lecciones, acogen sus ideas, recitan sus versos, lloran, se entusiasman ó meditan con esas obras, y si tienen errores, los respetan. Hoy la naturaleza se explica por la ciencia; todos respetan los bellos errores de Lucrecio. Hoy el paganismo no existe, y todos admiramos aquellos dioses creados por el poeta y encarnados por el artista.

Los historiadores nos transmiten los hechos de los hombres; los poetas en sus creaciones nos transmiten, á través del naufragio de los tiempos, el espíritu de los siglos y generaciones, y los leemos porque nos enseñan la historia del alma humana y son el hilo de Ariadne con que penetramos en el laberinto de la mente universal y vemos lo que pensaron y sintieron los que vivieron antes. Por esto los poetas fueron casi siempre los favoritos de los pueblos ó el blanco de la ingratitud y de la envidia; por eso en vida se ven ó en las altas cumbres del favor, ó sumidos en la miseria; pero esa misma miseria ha sido á veces la madre de las mas grandiosas obras del entendimiento humano.

Si la vida del poeta como hombre tiene manchas, el mundo olvida el hombre y acata al poeta; y así como la historia se ocupa de los reyes en sus relaciones con sus pueblos, así se ocupa del poeta en sus relaciones con los hombres, no en sus íntimas relaciones consigo mismo. Por eso su gloria, fundada en sus ideas y no en sus actos, es inmaculada, y sus errores son hermosos y sus cantares repetidos, porque son el himno que la humanidad eleva de continuo. Por eso la fama de los grandes poetas nunca se apaga, porque ellos son los escogidos, porque son la verdadera aristocracia de la tierra que tiene la nobleza de la inteligencia, y sus blasones están pintados por Dios, con fuego en su frente y en su corazón; porque ellos *son la luz del mundo*.

Yo los amo, los comprendo y los bendigo. ¡Dichoso el que los ama, los comprende y los bendice con la mas ardiente veneración, con el mas vivo entusiasmo!

La Locura.

EL PERIODISTA EN LA CALLE.

Mis hermanos en Guttemberg me perdonarán seguramente, que los tome por objeto de estas líneas en que pienso poner de manifiesto algunos de los pecances á que están sujetos los que escriben para el público, siendo así que no se trata de echar á relucir nuestras *pequeñas miserias*, sino por el contrario, de protestar contra las exigencias de los importunos. Y para cumplir este propósito voy á referir lo que me pasó un domingo que, contra mi costumbre, dediqué á visitar, ó como se dice con mas propiedad, á *cultivar* el campo estéril de mis relaciones sociales.

La escena primera tiene lugar en un arrastra-panzas, escogido con el mayor esmero en la Plaza de Armas.

Ocupamos el susodicho carruaje, un amigo y yo, que iba muy orondo á ser presentado á dos de las chicas mas elegantes de la Habana. Es escusado decir, que el carruaje se abandonó dos cuartos antes de llegar al punto de nuestro destino. Las chicas son hermosas y discretas: respondo de que no desdican á la luz del día lo que parecen en la retreta frente al Hotel de Inglaterra, por ejemplo: y en cuanto á su discreción tengo pruebas mas *elocuentes* todavía: mis oídos salieron vírgenes de sus palabras, porque no bien se dijo mi nombre al padre de la familia, y mi oficio, cuando me manifestó, que habiendo estado ausente y muy ocupado en el campo, por espacio de quince días, deseaba que le pusiese al corriente de la guerra de los Estados-Unidos, de los asuntos de Méjico, la Polonia y Rusia, y además de todo cuanto se hubiese publicado de nuevo sobre agricultura y demás asuntos que forman el pasto de nuestra prensa periódica.

Ese *introito* tenía por causa, ó una deferencia marcada por los trabajos de mi profesión, ó probarme el mas vivo interés por la política: es decir que con la mejor intención del mundo me puso el buen hacendado en la necesidad de hablarle sobre un asunto de suyo enojoso y para mi doblemente causado, por cuanto forma el pan que cada día debo comer de grado ó por fuerza.

Mi tarea fué fácil. *En menos que se persigna* la Madre Celestina ó compone Esparavan una letrilla, hice la descripción de una batalla dada recientemente en los Estados-Unidos, y cuyos pormenores habian publicado por partida séxtupla los periódicos de esta capital; agregué unas cuantas reflexiones lamentando la guerra y sus funestas consecuencias, sin dejar comprender hácia que lado se inclinaban mis simpatías, á fin de evitar toda controversia; y proseguí hablando de Méjico en términos oscuros, como quien anda sobre brasas y recordando á Larra cuando escribía: «Todo lo que se puede decir, no se debe decir.»

Pasé luego á la Polonia de un salto, como quien dice á Guanabacoa, y enlazando las cuestiones que allí se ajitan

con las de Rusia, Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, me explayé á mi sabor, no porque el asunto me agradase, sino porque podía hacerlo sin otro esfuerzo que el de los lábios y la memoria.

Courmenin ha dicho que la elocuencia es el arte de convencer y de conmover (definición que, sea observado de paso, es la mejor que he encontrado.)

Mi interlocutor estaba convencido hasta la evidencia, conmovido hasta el sueño.

Mi objeto habia sido aturrullarlo y lo conseguí. Estoy seguro de que por muchos días ha perdido la gana de politiquiar.

Las cuestiones de interés local quedaron aplazadas para otro día, por que mi amigo tenia que hacer otra visita.

Nos despedimos..... y al Louvre.

Al entrar me encontré con un conocido que andaba buscándome para entregarme un discurso que habia pronunciado el día anterior en su recepción de abogado. Quería que lo publicara íntegro ¡en la sección local! del periódico en que escribo, poniendo algo de mi cosecha referente á los méritos que tiene contraidos, por ser hijo del Marqués de..... y otros por el estilo. Ofrecí hacer lo mejor que pudiese y guardé en el bolsillo el ante-dicho discurso. (Diez y seis cuartillas de letra metida.)

—Hola, chico, me dijo otro, eres amigo de «Don Junípero.»

—Hombre, sí.

—Pues dile que haga una caricatura de Hermetti con el *Boletín* de Cárdenas en la mano, cantando «La Calumnia,» y acompañado por Cláudio Brindis de Salas (que pronto piensa dar un concierto) en trage de alcoba, es decir con bata y gorro de dormir. ¿No seria muy graciosa?

—La idea es buena; pero Landaluze no admite sugerencias para sus caricaturas.

A esto siguen otras cosas por el mismo estilo. Quien pretende que celebre á una bailarina, quien que divinice un Hotel: otros, que representan intereses opuestos, me dicen que la bailarina no vale nada y que el Hotel es un positivo *humbug*. Alguno hay que echa pestes contra los que habia alzado hasta las nubes.

De allí paso á las Tullerías á comer, y presencio un escándalo que da una «dama de las Camelias bajo la acción del jugo de la uva.»

He ahí varios asuntos para un artículo de interés local: pero lo de la bailarina tiene sus inconvenientes tangibles que no me hacen maldita la gracia; lo del Hotel tiene sus conveniencias masticables que no quiero aprovechar, y lo de la dama sin ventura no me inclina porque..... en verdad os digo..... que como están en tanto aprecio y como además es poco caballeroso atacar al sexo débil, será lo mejor poner punto aquí para hablar algun día del *periodista de tipos adentro*.

Albérica.

CATÁSTROFES.

ACABA de desenlazarse trágicamente en el mar una historia terrible cuya primera parte pasó entre nosotros, aunque permanece generalmente ignorada.

Voy á referirla rápida y descarnadamente, para que pueda ver la luz en un solo número, pues me consta que los lectores del «Junípero» tienen horror al *continuará*.

Gabriel M..., jóven buen mozo, de tipo escesivamente enérgico, era un pariente pobre de D. Tomás A., hacendado, por el contrario muy rico, y muy egoísta—que casualidad!

Gabriel se enamoró de Emilia, hija de éste, preciosa muchacha de tipo serio y aspecto orgulloso, y que aunque de buenos instintos tenía ese carácter poco comunicativo que suele distinguir á las jóvenes que no han gozado de la expansión en el regazo materno. Emilia no conoció á su madre y su padre la educó en la casa por medio de ayas adustas. Emilia no tardó en amar á Gabriel y lo amó como aman organizaciones del temple de la suya, profundamente, y con toda la ternura de un corazón ávido de ella y que la probaba por vez primera.

Al principio los amores estuvieron ocultos del padre: Gabriel temía al egoísmo é interés del viejo: ella obraba por instinto.

Un día decidieron ambos que era tiempo de casarse y Gabriel se resolvió á pedir á Emilia á su padre.

La entrevista fué borrascosa: el padre se desesperó é hizo gran alboroto y terminó por una negativa formal. Gabriel tenía á sus ojos dos defectos horribles: era calavera y sobre todo pobre!

Pero el viejo y el jóven tenían esta cualidad comun: la tenacidad estremada de carácter. De esa entrevista en que chocaron las de ambos como dos espadas del mismo temple, brotó una chispa de odio tremenda.

Al despedirse hubo de interpretar mal D. Tomás cierto gesto de Gabriel.

—Hola, un rapto? Escándalo tendremos?—dijo.

—Oh! no, se lo prometo á V. No habrá escándalo, replicó el jóven.

Varias cartas se cruzaron con mil precauciones entre los dos amantes: Emilia mas amante que nunca y dispuesta á todo. Su padre cometía la imprudencia de tratarla mal desde la petición de Gabriel. Aquella organizacion enérgica y exaltada por la reconcentracion y el aislamiento desde la infancia, habia llegado á su máximo de tension y

—No hay remedio!—dijo una tarde y escribió rápidamente dos líneas á Gabriel.

Cuando este recibió el billete se estremeció de placer y brillaron sus ojos, pero con un viso sombrío.

La carta encerraba un consentimiento de Emilia. ¿A qué accedía?—Lo veremos luego.

—La conozco y lo esperaba, dijo el jóven.

...Cuando D. Tomás y su hija entraron en el Liceo estaba el baile en toda su animacion y las máscaras armaban aquella característica algarazara de los intermedios en un baile de esa especie.

Mucho les costó llegar por entre la concurrencia al salon, en donde el viejo hacendado dejó por fin á Emilia, aunque, sin perderla de vista. Poco despues ésta hizo señal á su padre para que la llevase al cuarto del tocador. Llegados á él, D. Tomás se quedó á la puerta.

—No tardes, le dijo.

—Tendré que tardarme, dijo Emilia, porque todo el ruedo del traje se ha desprendido y tengo que coserlo.

D. Tomás se resignó, encendió un tabaco, y se sentó en uno de los bancos inmediatos á la puerta del tocador, en donde le hizo ver las estrellas un dominó verde que, acudiendo á la señal de otro negro que salia del cuarto, momentos despues de haber entrado Emilia, le pisó atolondradamente al retirarse con su compañero, el callo mas impertinente.

Ya el tabaco de D. Tomás iba por la mitad y el viejo se impacientaba, cuando vió venir de nuevo hácia el cuarto al atolondrado dominó verde dando el brazo á su dominó negro.

Se estremeció por sus callos y retiró los piés.

Las dos máscaras se detuvieron á la puerta: el negro entró y el verde desapareció.

Un minuto despues salia Emilia y daba el brazo á su padre.

Su padre no reparó en que aquella llevaba el traje todavia roto.

Emilia volvió al salon, pero no permaneció mucho tiempo en él. Su fisonomía, alternativamente pálida ó encendida, sus ojos descompuestos, y la agitacion de su pecho revelaban un malestar extremo, y no pudiendo resistir mas, suplicó á su padre que la llevara á casa.

En la mañana siguiente recibía el hacendado esta carta:

«Recuerda V. al dominó verde que anoche le hizo daño en un pié?—El dominó negro era un jóven que acababa de entrar en el tocador con el vestido rasgado. Las dos máscaras fueron á dar un paseo en coche, mientras alguien fumaba.....»

Yo le prometí á V. que no habria rapto, que no tendríamos escándalo.

Mi querido tio: me da V. *ahora* la mano de Emilia?

Esperará la contestacion todo el dia,

El dominó verde.»

Un novelista francés no dejaría escapar esta oportunidad para decir:

«El rayo cayendo á los piés del anciano no hubiera producido el efecto de aquella carta»

Péro yo solo diré que D. Tomás se repuso pronto y su carácter enérgico no tardó en sobreponerse al efecto de aquella revelacion.

Dos dias despues daban cuenta los periódicos de un suceso que causó sensacion en la Habana, porque la víctima de él pertenecía al círculo de la juventud brillante de esta capital.

«Anoche—decian—ha sido cruelmente asesinado en la calle de..... un jóven per-

teneciente á una apreciable familia de esta ciudad: D. Gabriel M... Sin duda fué atacado con objeto de robarle y la resistencia que debió oponer al criminal,—que se dice ser un negro—le fué funesta, pues consta que M. . no tenia enemigos y no puede atribuirse el crimen á una horrible venganza.

La policia practica las mas activas diligencias, &c.»

Las primera noticia que tuvo Emilia de la muerte de Gabriel fué por la lectura del periódico y el golpe fué terrible.

Cayó en cama y estuvo muchos dias entre la vida y la muerte.

Los médicos aconsejaron un viaje y Emilia salió con su padre para Nueva York, apenas entró en la convalecencia.

Mucha estrañeza causó en la casa saberse que D. Tomás, el dia de su partida, habia dado la libertad á Vicente su caletero, negro de malísima conducta—á quien yo conocia—y para quien estaba léjos de esperar semejante gracia.

EPÍLOGO.

Los viajeros no habian vuelto á la Habana, pero se sabia que recorrían varios países á impulsos de una irresistible necesidad de variar continuamente de residencia, que aquejaba á D. Tomás.

Cinco años de ausencia habrian trascurrido cuando supe que el hacendado y su hija debian llegar en el vapor que se esperaba de Veracruz y un amigo de la familia me aseguró que aquel volvia casi traído por la fuerza, padeciendo accesos de demencia terribles.

El vapor en que debian llegar era el *Méjico*.

Mis lectores saben ya cual fué la horrible suerte de los pasajeros en el incendio de ese buque, catástrofe cuyo origen es aun generalmente desconocido, y de la cual solo se han salvado diez y seis hombres de la tripulacion. (1)

Ahora bien: un naufragio asegura haber visto á un anciano, que abordo llamaban el loco, entrar misteriosamente en la bodega poco ántes de declararse el incendio, pronunciando estas palabras que entonces no comprendió:

—No quiero volver á la Habana..... Volaremos!

Cristóbal.

EPÍGRAMA.

Con sueldecito mezquino

Agustin se colocó

Y por cierto cuando entró

No tenía ni un comino.

Despues sin variar su sino

Ricos vestidos lucia,

Buenos brillantes traia

No sé como lo ganó.....

Mas si dice que lo ahorró.....

Que se lo cuente á su tia.

(1) Posteriormente se ha sabido que el capitán de dicho vapor y algunas personas mas, se han salvado en una canoa que arribó á isla Mujeres.

EL BAILE DE PUENTES GRANDES.



El minué de la corte.



—Yo me congratulo de que mis amigas prosperisen en el arte de la manducasion.

ASUNTOS COMERCIALES.



—Vaya, Sr. Director, pruebe V. este cigarrito de papel.
—Papel.....!! yo papel!! aunque me hagan picadillo! yo no recibo mas que metálico.



Varios negociantes se disponen á salir para Méjico, con la esperanza de que el futuro Banco Imperial les descontará los pagarés.

YA PARECIÓ AQUELLO.

—EL otro día, *Esparavan*,

Efecto de mi cruda reticencia
Te quedaste á luna de Valencia.

—¿Sobre qué *D. Junípero*?

—¡Toma! Sobre aquello de los mojicones.

—En efecto, señor. Y qué, ¿está V. hoy dispuesto á dar mas esplicaciones sobre aquel incidente.....?

—No, hombre: si aquella cachetina ya pasó, como han pasado y pasarán otras. Lo que ahora voy á ver es si te sucede lo mismo con otra cosa de que pienso hablarte.

—No será extraño; porque de un cuanto tiempo á esta parte ha adoptado V. un modo tal de decir las cosas, que.....

—Ya se vé: tú quisieras que todo te lo diesen mascado y á punto de engullir.

—No tanto, señor; pero si he sido amigo siempre de que se llame al pan, pan y al vino, vino.

—Esto tiene sus inconvenientes, y.....

—Así anda ello, *D. Junípero*.

—Convenido, *Esparavan*. Pero vamos al asunto. ¿Tú sabes lo que significa la palabra *convencion*?

—¡Pues no faltaba mas! ¿Crée V. que no he leído la historia de Francia?

—Es que yo no te hago la pregunta en el sentido político.

—¿Pues?

—Deseo que me lo espliques en el sentido recto, genuino.

—¿Sí? Pues nada hay mas fácil. Ahí tiene V., sino el *diccionario español*, por lo menos el de la *lengua castellana* que le pondrá al corriente mejor que yo.

—Veamos lo que dice.

—Quién de los dos lee, señor, ¿usted ó yo?

—Mira, lee tú que ves menos que yo.

—Allá vá, pues.—«*CONVENCION*. Accion y efecto de convenirse.—Convenio, acuerdo, ajuste, pacto, concierto, arreglo, &c. entre dos ó mas personas.—Conveniencia, conformidad.—*Estipulacion*.»—Está V. servido, señor.

—¿Y no dice nada mas?

—¿Y le parece á V. poco?

—No, pero..... Veamos ahora lo que significa la palabra *monopolio*.

—¡*Monopolio*! ¡*Monopolio*! ¡Ah! Esto ni la *Academia*, ni *Salvá*, ni *Chao*, ni *Caballero* y ni aun el mismo *Escriche* se lo esplicarán á V. tan bien como *Dominguez*.

—Venga, pues, la definicion de este malogrado patricio.

—Allá va, señor; y afirmese V. por si acaso, no sea que le dé un soponcio.

—«*MONOPOLIO*.—Todo tráfico ó comercio ejercido esclusivamente, ya sea por una compañía, ó ya por un particular, ora se practique con privilegio del gobierno, ora se haga sin tal autorizacion.—*Convencion odiosa*,.....»

—Señor, ¿se siente V. firme?

—Prosigue: no hay novedad por ahora.

—«*Convencion odiosa*, celebrada entre dos, ó mas mercaderes que *almacenan* ó compran en grande cantidad *cualquier género de mercancía*, obligando así á los *consumidores* á pagar el precio arbitrario que se les pide, cuando llega el caso de no encontrar en ninguna parte aquellos géneros»—Que tal, señor, ¿ha podido V. resistir?

—Difícilmente, *Esparavan*.

—Pues yo, *D. Junípero*, estoy que ni perro con hidrofobia. ¿Y qué tal le ha parecido á V. la definicion.

—¡Magnífica! Es todo lo mas lata que puede desearse.

—Ahora bien: ya que está V. satisfecho, ¿me hará V. el favor de decirme á que *vienen* esas preguntas?

—No puedo decírtelo, porque dá la casualidad que no *vienen*, sino que *van*.

—Sea que vengan ó que vayan, lo que deseo, es saber á que conducen.

—Quizá no *conduzcan* á nada, *Esparavan*, por mas intencion que tengan; porque desgraciadamente está muy arraigado en el corazon de los hombres el cinismo que se desprende de este refran: «predícame, padre, que por un oido me entra y por el otro me sale.»

—O lo que es igual: «predicar en desierto sermon perdido.»

—Cabalmente; y como ademas concurre en muchos la circunstancia de creer que conviene á toda costa hacer dinero, de ahí el que no fijen ó no quieran fijar la atencion en el significado de algunas palabras.

—¿Y V. me ha hecho esas preguntas con el objeto de recordar..... ¿no es esto?

—Precisamente.

—Pues entonces, hizo V. sin harina un pan como unas hostias. Mire, váyase V. á echar un sueño, aunque sea de un par de meses, debajo las cañas bravas de la *casa del Obispo* en el Calabazar, y dese despues una vuelta por estos barrios á ver si al fin se encuentra V. con alguno que se haya caido de su burro: lo que es por ahora, no sueñe V. despierto en ello, porque el que mas y el que menos de los que pueden darse por entendidos de sus indirectas es muy abonado para reirse de V., de la *Academia*, de *Escriche*, de *Dominguez*, y si mucho me apura V. hasta del mismo *Alfonso el Sabio*, como se atrevan unos y otros á decir algo que sea contrario á su lucrativo, monopolizador instinto.

—¿Eso me aconsejas?

—Si, señor, si: váyase V. y no vuelva mientras yo no le llame, que aquí me quedo para estar al tanto de lo que ocurra; y esté V. seguro que como vea algo que interese á sus tendencias morigeradoras, he de hacer todo lo posible por convertirme en berraco para gritar:

«Señor, señor: YA PARECIÓ AQUELLO.»

Esparavan.

SANTA-CROCE.

POR MÉRY.

(TRADUCIDO PARA EL «DON JUNÍPERO.»)

EL 27 de Diciembre de 1830 una calesa de viaje seguía el camino que va de Tolon á Hyeres. No obstante que ese camino era muy bueno en aquella estacion del año, los caballos de posta caminaban: el postillon los contenía en cuanto tomaban un pequeño trote. Los afortunados habitantes de aquel paraíso terrenal, que dejan al cielo el cuidado de trabajar por ellos, y viven principalmente de aire y sol, veían pasar sin estrañeza aquella silla de postas casi inmóvil, y movían tristemente la cabeza como si hubiesen presenciado el desfile de un cortejo fúnebre. Por lo demás, ese espectáculo es bien frecuente en el invierno por aquel camino. El pueblo de Hyeres es el médico que la enfermedad incurable va á consultar, y á veces el Mediodía embalsamado, tibio y brillante, acoge con felicidad á los agonizantes del Norte y les concede un alivio ó les devuelve la salud.

El carruaje estaba abierto, porque el invierno no estaba mas que en el Calendario, y el sol ocultándose detrás de las altas colinas, dejaba aun al campo un dulce calor y una atmósfera tranquila, como en los mas hermosos dias de estío. Un viajero de bastante edad ocupaba todo el fondo del carruaje: su rostro pálido, sus ojos apagados, su posicion inmóvil, no dejaban duda alguna acerca del estado alarmante de su salud. El otro asiento estaba ocupado por una señora jóven y un niño de catorce años, que demostraban tener el mayor interés por el anciano: la señora parecía absorta en un dolor profundo; sus hermosos ojos negros, que parecían haber vertido su última lágrima, no tenían ni una mirada para los tranquilos esplendores que la naturaleza prodigaba en aquella tierra de mil jardines. El niño aparentaba tener una inteligencia superior á su edad; su cabeza descansaba en la falda de la jóven, y miraba tristemente al cielo como acusándole de hacerle comenzar su vida, en medio de aquellos grandes y silenciosos dolores. Las armas de esta familia, pintadas en las ventanillas del carruaje, se componían de una cruz potentada en campo azul con esta leyenda: *Morto vivo*.

Cuando llegaron al pié de la pequeña colina que domina el hospital de Hyeres, el carruaje se detuvo y el postillon se bajó del pescante. Varios criados abrieron una puerta, y los caballos atravesaron una bonita alameda de naranjos y se detuvieron á la puerta de una casita que se *alquilaba*, segun lo anunciaba un cartelito de madera que habían olvidado quitar.

—Son el Sr. Conde y la Sra. Condesa, dijo un criado á un campesino que llevaba un manojo de llaves.

El campesino abrió la puerta principal y pronunció algunas palabras en provenzal, cuyo significado era que todo estaba pronto para recibirlos.

La Sra. y el niño se apearon y esperaron en la puerta para presenciar un lastimoso espectáculo. Dos criados levantaron trabajosamente al noble enfermo y sin detenerse en el piso bajo le depositaron en un lecho. Todo esto se hizo en medio de un triste silencio. La jóven y el niño

siguieron aquella especie de cortejo fúnebre y se sentaron cerca de la cama, pudiendo apenas contener sus gemidos.

Un observador entendido hubiera adivinado que aquella lúgubre desolación traspasaba los límites del dolor humano, y que tenía otra causa mas que la pérdida de un esposo ó un padre. Mas como este último motivo esplicaba y justificaba semejante dolor, los vecinos y transeuntes no trataron de buscar otras razones. Se figuraron, pues, que el enfermo era un noble y rico viajero, atacado de tisis pulmonar en su último período; que iba como otros muchos á buscar su salud en aquel clima benigno; que habia alquilado para el invierno aquella hermosa casa, cuyo servicio estaba ya dispuesto, y que la jóven esposa, devorada por los pesares que le causaban los sufrimientos de su consorte, no tardaría en seguirle al sepulcro. Se compadecían del niño antes de que quedara huérfano. El público hablador, empero, se atiende siempre á las apariencias desde tiempo inmemorial y desde muy antiguo tambien se engaña siempre. Esto debería desanimarlo; ¿pero que le quedaria para hablar si no se equivocara?

En seguida llegó el médico principal del hospital de Hyeres, pero antes de ver al enfermo quiso informarse del origen de la enfermedad. Este se le refirió con los pormenores mas minuciosos. El conde de Santa-Croce habia recibido el 28 de julio del mismo año una herida de bastante gravedad en la cabeza, que interesándole la region cerebral le privaba á intervalos de la razon. En el mes de Octubre tuvo un ataque apoplético que le paralizó completamente y desde entónces la enfermedad se empeoró cada dia mas. Habiendo consultado á los mejores facultativos de Paris, le aconsejaron que fuese á pasar en Hyeres la estacion del invierno. Este es el remedio que aconsejan cuando no hay remedio.

El médico entró en la habitacion de Santa-Croce: la esposa y el hijo salieron con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sois el médico de este sitio? dijo el conde al facultativo deteniéndose en cada sílaba.

—Si señor, contestó el Doctor, he sabido vuestra llegada y vengo á haceros una visita de vecindad: mi casa está al otro lado de la calle.

—Yo no os devolveré ya la visita, dijo al Conde con espantosa sonrisa, al menos en este mundo.

—Señor, Conde, antes que todo es necesario que el valor del enfermo vaya en auxilio de la ciencia del médico: necesitamos.....

—Doctor, dijo el enfermo, tratando de hacer un movimiento con el brazo para interrumpir la frase; Doctor, nada de engaños; tengo el valor de conocer mi estado y no me hago ninguna ilusion. He arreglado mi cuenta con los hombres, y Dios me espera para que le rinda la mia con él.

—Sin embargo, Señor Conde, ¿me permitís hacer mi deber?

—Hacedlo.

El médico abrió las ventanas, levantó las celosias, y examinó con tranquilidad al enfermo, como si se hubiera tratado solo de una lijera indisposicion; despues con una sonrisa de esperanza y ademan respetuoso añadió:

—Señor Conde, ¿sereis bastante dócil para seguir el método que yo os prescriba?

Por toda respuesta, el Conde se sonrió de un modo extraño.

El Doctor con la cabeza inclinada sobre el pecho, esperó algunos instantes, y como no recibiese respuesta alguna, saludó y salió.

La Condesa, que estaba en la puerta, levantó la cabeza al oír los pasos del médico, y le interrogó con espresivo silencio.

El médico pidió una pluma y papel, escribió durante algun tiempo, y dió su receta al viejo criado que estaba de pié, al lado de su señora, y, por toda respuesta á la muda interrogacion de ésta, miró al Cielo é hizo un gesto, lleno de consuelo y desesperacion á la vez, cuya significacion es: ¡Dios es grande!

A media noche un criado salió de la habitacion del enfermo, y fué á decir al oído de la Sra. condesa, que dormitaba en un sillón, que el conde queria ver á su hijo.

La jóven se estremeció porque le parecia que el padre queria ver por última vez á su hijo, y no se engañaba.

El niño fué conducido al cuarto de su padre con quien se quedó solo.

—Hijo mio, le dijo el conde de Santa-Croce aprovechándose de ese último momento luminoso que la naturaleza presta á los agonizantes, querido hijo mio, eres un niño por la edad, pero eres ya casi un hombre por tu precoz energia y por la fuerza de tu voluntad. Así, hijo mio, no llores: en nuestra familia no se llora. Las lágrimas son propias de las mujeres. Voy á morir, ó por mejor decir voy á revivir en tí, porque los Santa-Croce no mueren nunca, como lo dice la divisa de su casa: el hijo continúa al padre *Morto vivo*..... Escucha, hijo mio, desprende de mi cintura una carta que mi mano no te puede dar..... bien..... Conserva esa carta como un inapreciable tesoro. Contiene la sangre de las venas de tu padre. Llevarás esa carta sobre tu cuerpo hasta que tengas 21 años. Cuando llegues á esa edad romperás el sello de mis armas, y leerás lo que el conde de Santa-Croce escribe á su único y amado hijo.

(CONTINUARÁ.)

TEATRO DE TACON.

Como vieja peripuesta en espera de galanes que la obsequien y enamoren, asi acaba este teatro de abrir de par en par sus puertas, lavado el rostro y vestidito de limpio, sino enteramente de nuevo. Una compañía dramática, caída como por escotillon, en la cual figuran la Sra. Carasco y los Sres. Villena, Zafrané &c. &c., ha sido la primera en dirigirle sus chichisveos, ó mejor dicho, la que se arrojó primero que nadie á pisar sus umbrales despues de la reforma; mas hízolo con tan poca suerte, que, apenas dado en la escena el *segundo paso*, se vino al suelo de falondres, no sabemos si agobiada por el enorme peso de la pública indiferencia, ó si por efecto de impericia del carpintero encargado de acepillar el piso de tablas del proscenio. Es muy posible que una y otra cosa hayan sido la causa del *lapsus*.

Como el primero de sus cólegas, siente *D. Junipero* la ocurrencia por la Sra. Car-

rasco, á quien artísticamente aprecia; porque habiendo sido ella la destinada á simbolizar la caída, pudo el golpe que llevó, al dar con su arrogante humanidad al suelo, haber sido de funestas consecuencias. Afortunadamente, segun informes, no fué así; y aunque el paso, bien ó mal dado, dado se queda, es lo cierto que hoy debemos felicitarnos de que no haya sido la cosa mayor, pues, (aparte chanzas) bien pudo la excelente actriz haberse desgraciado con la súbita caída que dió al final del 2º acto del *D. Juan del siglo 19*.

Por lo demás hasta ahora, por mas que se hable y se murmure, nadie sabe quienes reemplazarán á los caídos, si serán del género dramático ó del género lírico, ó ya del género grotesco, que de todo puede haber en la viña del Señor.

El infatigable amigo Sr. Raya está esprimiendo el caletre y removiendo los bártulos que es un primor, y otros que sin ser *rayas*, no dejan, sin embargo, de *rayar* muy alto, están haciendo tambien todo lo que pueden para que el público pueda admirar las reformas que ha sufrido el teatro de la puerta de Monserrate; mas en medio de todo esto, hay quien asegura que el célebre *Max*, no obstante el horror que le inspira el recuerdo de la friolera aquella que le hizo salir de la Habana á vuelo de pato, se calzará en último caso las bahu-chas, que no siempre han de ser las botas, trayendo *tutti quanti* pueda haber á mano en la vecina república. El público, sea como fuese, tomará lo que le den, concretándose una parte de él en desfogar su despecho con ayes y lamentos, y la otra esclamando como el de marras: «A falta de pan, bueno es casabe.»

A *D. Junipero* no le queda mas recurso que tomar las cosas segun vengan, y sacar de ellas todo el partido que pueda, á fin de dar unos cuantos ratos de solaz á sus numerosos suscritores, lo cual ofrece desde ahora con alma, vida y corazón.

Esparavan.

CORREO HABANERO.

El infatigable escritor Sr. D. José Q. *Suzarte*, acaba de repartir un prospecto, en el cual ofrece publicar (aunque no dice en él cuando dará principio) un periódico semanal, con el título que encabeza estas líneas, y de carácter literario, crítico, satírico-jocoso, y de modas. Ofrece, asimismo, caricaturas, figurines, vistas y otros trabajos debidos al conocido pincel del distinguido artista Señor Don *Augusto Ferran*.

D. Junipero felicita de antemano á su cofrade en ciernes y le desea, con la sinceridad que le es característica, una suscripcion tan buena como numerosa.

CANTOS POPULARES.

Porque soy pobre me dejas
Y á un rico entregas tu mano.
La que así vende su amor
Venderá al que lo ha comprado.

Dime que pena es mayor
De las que mi pecho sufre,
Si amar unos ojos negros,
O serlo de unos azules.

Son las trenzas de tu pelo
Alas de negras palomas,
Si tus lábios son el pico.....
Van á beber á mi boca.

Triste tengo el corazon
Y en vano alegría finjo:
Abro á la vista los lábios
Y solo lanzo suspiros.

Dos pesares de mi pecho
El tuyo no los comprende,
Por que no te has visto nunca
Enamorado y ausente.

Tu retrato arrojé al fuego
Y las cenizas al aire,
Si no arrojé el corazon
Siempre guardaré tu imágen.

Con dos manos enlazadas
Mi amor te dió una sortija,
Y el tuyo me la volvió
Con las manos desunidas.

A verte vengo, alma mia,
Cuando se esconde la luna,
Que los misterios de amor
Entre la sombra se ocultan.

Uno murmura en tu oído:
—Niña, por ti vivo yo—
Y otro, callado te mira,
Y está muriendo de amor.

Frenética, fuentequilla,
Si mi amor se miró en tí,
Dame á beber de tus aguas:
Mi sed calmarás así.

De lo primero que encierra
Conserva el vaso el olor,
Y el corazon los recuerdos
De la primera pasion.

Tiene pequeña cintura,
Tiene la boca pequeña,
Y lo es tanto el corazon
Que en su pecho no se encuentra.

Tras largo tiempo, una noche
Se encontraron nuestros ojos,
Lo que mi pecho sintió,
Pregúntale al tuyo propio.

En la orillita del mar
Te bañabas una tarde,
Y envidia tuve á las olas
Cuando las miré besarte.

Desde que nos separamos
Que no me he puesto mis galas,
Y si tú no vuelves pronto
Me servirán de mortaja.

Mario.

JUNIPERADAS.

Un sacerdote de un pueblo polaco
ha tenido últimamente una feliz idea
para inspirar á sus feligreses un horror
profundo hácia el infierno y una inten-
cion decidida de ir al cielo por cuantos
medios sean posibles.

Predicaba sobre el reino de Satan
en uno de esos dias tan frios como pue-
de haberlos en Polonia, y aseguraba á
sus ovejas que en el infierno era aun
mas fresco, pero tanto que no era posi-
ble dar un paso sin helarse hasta la
médula de los huesos. Los aldeanos,
tiritaban al oírlo. Sin embargo, esta
definicion del lugar maldito no estaba
muy con sus creencias, pero tenian de-
masiado frio para interpelar al orador.

Al salir de la iglesia un individuo
menos tímido se acercó al Cura y le
manifestó sus dudas sobre lo que habia
explicado.

—Pero, infeliz, respondió el buen
pastor, no comprendes que si he ase-
gurado que el infierno era una nevera
es porque hoy hace aquí un frio esce-
sivo? Si se me ocurre decir que allí ha-
ce mucho calor, capaces erais de ha-
ber abandonado la iglesia para arroja-
ros de cabeza en el infierno, solamen-
te por calentaros. Comprendes ahora?

La escena pasa entre dos damas.

—Figúrate, querida, que el pícaro
de mi marido.....

—Mujer, ten mas respeto á tu es-
poso.

—Déjame seguir. El pícaro de mi
marido ha encontrado un método para
no hacerme ningun regalo.

—Hola! no es tonto ese señor?

—Cuando le insinúo que me compre
tal ó cual cosa, no dice una palabra
por lo pronto, pero una hora despues
empieza á buscar pié para armar ca-
morra y á contradecirme en todo hasta
que acabamos por enfadarnos. El enfa-
do dura ocho dias y el proyecto de re-
galo se olvida.

—Caramba! Sabes que tu marido es
discípulo de Proudhon?

—Porqué?

—Porque ha adoptado el sistema de
las contradicciones económicas.

Pues, señor, soy franco; no me gus-
tan las cuatro fuentequitas que han pue-
sto en el salon paseo que hay frente á
Escauriza. Si no fuera un hecho reali-
zado yo aconsejaría que con lo que
cuestan las cuatro, hubieran hecho dos
de doble tamaño.

Mas vale algo que nada, me dirán,
pero ese algo es tan poquito!

Ya que de mejoras hablamos, sabrán
Vdes., amados oyentes míos, que están
en via de aprobacion, segun dicen, dos
proyectos; uno para formar un paseo
al lado del mar desde la Punta hasta
la batería de San Lázaro y el otro pa-

ra un *boulevard* tambien desde la Pun-
ta hasta la puerta de Tierra. Será bo-
nito, eh?

El es-te-re-ob-ti, &c. que se enseña
en el teatro de Villanueva ha llevado
á aquel local una buena concurrencia
cuantas noches se ha exhibido.

Es bonito. Hay algunos celages y al-
gunos paisajes muy buenos, y la imi-
tacion del fuego, del agua, y de la llu-
via está hecha con bastante propiedad.
El público se divierte á oscuras y aplau-
de. En estos tiempos de *sequía teatral*
no so puede pedir mas.

Conozco un jóven empleado en una
casa de comercio que hace cuanto es
posible por faltar *decorosamente* á su
obligacion. Con ese objeto posee una
coleccion de excusas, pretestos y dis-
culpas que puede rivalizar con el mú-
sico Barnum, de Nueva York.

—De dónde viene V.? le preguntó
el otro dia el jefe de la casa, viéndole
llegar con cuatro horas de atraso.

—He estado á ver las fuentequitas del
paseo de Isabel II.

—No tiene V. otra disculpa?

—Si, señor, replicó el interpelado,
pero no me acuerdo de ella; mañana
se la traeré á V.

En una obra que se ha publicado ha-
ce poco y que trata de la «Muerte apa-
rente» se lee la frase que sigue: Krams-
channikow (muy conocido en su casa)
habla de Kramtschadales y Kalmucos
que alimentan á sus perros con los *ca-
dáveres* de sus muertos.

Me parece que esa gente lo eutiende,
porque si es cierto que se debe tener el
mayor cuidado en cerciorarse de si una
persona está realmente muerta, ántes
de darle sepultura para evitar los hor-
ribles sucesos que refiere el libro suso-
dicho, los Kalmucos entregando á los
perros los «cuerpos muertos» de sus
muertos demuestran una prevision á
toda prueba.

Se debe, pues, en vez de establecer
casas de depósito y usar otras precau-
ciones cuidar de no enterrar en nin-
gun caso un muerto ni un cadáver, si-
no *el cadáver de un muerto*, porque es-
te no hay peligro de que vuelva á la
vida.

A LELIA.

En el mar de la vida
Perdido el rumbo,
Fué la luz de tus ojos
Fanal seguro;
Puerto tu alma,
Dó al áncora dí fondo
De mi esperanza.

M.

HABANA:—LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS,» OBISPO 22.